

que supo fué que la tierra le faltaba bajo sus rodillas, y que abría los brazos....

Al ruido que causó su caída, acudieron varias religiosas, la superiora la primera, y muchas niñas queriendo llorar; alguien abrió el confesonario, cual adivinando que el golpe venía de ahí, y mientras el hermoso cuerpo de sor Noeline yacía inerte sobre las frías baldosas, las demás vieron á fray Paulino que hincado en las maderas del mueble, rezaba fervorosamente, sin hacer caso de tanta mirada ansiosa, interrogante.

.... Las monjas y las niñas, por no sé qué secreta adivinación de que alguna inmensa desgracia las amenazaba á todas, también se arrodillaron, y en lugar de atender á la que respiraba apenas en el centro de un círculo trágico y mudo, rezaron á su vez, rezaron todas, como si sor Noeline hubiese muerto!

II

En medio de las exageradas reservas conventuales, la enfermedad de sor Noeline inició su marcha. Para mayor seguridad, la trasladaron al departamento exclusivo de las monjas, al que ni las internas pueden entrar; donde la vida monástica llévase en toda regla. Se logró, con tal medida, atajar las curiosidades de las alumnas, curiosidades muy excitadas desde la tarde del repentino ataque, sobre el que la superiora, intencionadamente, soltó dos ó tres "no ha sido nada de cuidado," que sin embargo no calmaron el que el suceso mismo había engendrado en el ánimo de

las niñas. Al día siguiente no se habló de otra cosa en el Colegio; las internas cuidaron de enterar á las externas, á la hora del recreo particularmente, en que no se les vedaba agruparse y discurrir por las callejas de los jardines charlando en voz baja, muy baja. La natural y exagerada malicia mujeril asomaba, formada ya, en aquellas muñecas de todas edades. Las "grandes," sobre todo, mirábanse unas á otras, se enlazaban sus cinturas y después de comentar el hecho insólito á su manera, se preguntaban:

—¿Por qué sería, tú?.... lo que es la hermana nunca me pareció enferma, ¿y á tí?....

No, tampoco se lo había parecido á la otra. Y continuaban su paseo enmudecidas, dobladas sus cabecitas de quince y dieciséis años, enterrando en la arena el extremo de la bota, dejando vagar su mirada por celajes y nubes.

Para la Nona, para su criterio despejado de criatura precoz y enfermiza, la cosa alcanzaba proporciones de verdadero

acontecimiento indescifrable al pronto, con algunas claridades vagas luego de examinado y analizado, asociándolo á ésta y á aquella pequeñez. Mientras más pensaba en él,—así que se hubo afligido y que lo hubo llorado en unión de las demás que lo presenciaron,—más se imaginaba que con ella se relacionaba directamente; pero cuando su rudimentaria lógica la llevaba al buen camino, sus incongruencias de chiquilla sacábanla de él y la sumían en perplejidades y dudas. Metíase sus dedos en la boca, como para mejor reconcentrarse, y echábase á reflexionar con la deliciosamente cómica gravedad de la infancia.

—Yo y sor *Noelina*,—pensaba Nona anteponiéndose sin ceremonias—yo y sor *Noelina* nos queríamos mucho y ella sin motivo se enojó, me hizo llorar, y no volvió á meterse conmigo.... y yo nada le hice ni le dije nada,.... le hablé de mi papá, de lo que la recordábamos y mentábamos en la "hacienda".... ¡que tonta soy! ¡cómo ha de haberse enfadado por eso?.... aunque si no ha sido por eso.... Pero también á

mi papá le he hablado de sor *Noelina* y él no se ha enojado, al revés, me oía y me oía con gusto.....

Su instinto inocente no cesaba de revolotear al rededor de su papá y sor *Noeline*, nombres que se lo atraían como una flama atrae á una mariposa para que en ella se quemé y en ella deje el polvo de oro de sus alas. Por dicha, ahí se detenía, en la flama peligrosísima de los dos nombres unidos y enlazados; los juntaba, sí, y en repetidas ocasiones, mas sin que sus pesquisas adelantaran nada; estrellándose con conjeturas y todo en la ancha barrera de su propia candidez. Luego, su misma infantilidad la alejaba á muchas leguas; sin duda sor *Noeline* se había disgustado porque ella, la *Nona*, nunca acababa de rezar un rosario entero, durmiéndose á lo mejor.....

Y en atrenzos tales, pasóse el día, que era miércoles, aguardando con ansia que amaneciera el jueves para contarle sus cuitas á su papá y que él le esclareciera el asunto.

Á la noche, todas las ocupantes del dormitorio de sor *Noeline*,—al quemandaron

otra religiosa substituta,—pidieron en coro, arrodillada en su cama cada cual, que la enferma se aliviara y tornara presto á cuidarlas y acompañarlas.

Las hermanas, por su parte, andaban tan ayunas de lo acaecido como las educandas. La única que acaso barruntaba algo era la superiora, mujer inteligente de suyo y gran conocedora del mundo y de sus pompas. Por supuesto que fray *Paulino* nada le había dicho, ¡qué atrocidad, revelar un secreto de confesión!, pero ella tenía buen olfato y su alarma no reconoció límites, pues si en efecto resultara exacto su adelantado pensamiento de que sor *Noeline* vamos, que por su edad ó por una desgracia no imposible hubiera resbalado, de intención á lo menos,—no lo quisiera Dios!—habría que alejarla del Colegio, que enviarla á Europa quizá, dando pábulo con la medida al escándalo de las familias y á que á ellas las censuraran culpándolas por una desventura inevitable, idéntica al rayo que cae de súbito y destruye cuanto encuentra, lo santo y lo profano.

En cambio, fray Paulino salió con el ánimo atormentado y sombrío, más envejecido con aquella tarde de desengaño que con todos los lustros que cargaba á cuestras. En el largo trayecto del Colegio á su iglesia, alternativamente reñíase por demasiado blando ó arrepentíase por demasiado severo. Latíanle las sienes, y en los oídos, como infernal repique, zumbábanle las resistencias inconscientes de sor Noeline, su escasa voluntad para obtener el triunfo á cualquiera costa.... ¡Conque una monja, al igual del resto de las mujeres, puede amar alguna vez?.... ¡conque puede haber un adulterio peor que todos los adulterios del mundo juntos, el de una esposa del Señor?.... Y fray Paulino se detenía en plena calle, admirado de que el firmamento no se desplomara, deseándolo en su interior, con inmenso arranque de castidad, con anhelo formidable de varón justo; que se desplomara, sí, y que no dejara ni huellas de esta tierra putrefacta que no sabe existir sin que sobre su inmensa costra se efectúen las concupiscencias mayores. Como el

firmamento siguiera en su sitio y hasta con anuncios de estrellas para la magnífica noche otoñal que, friolentamente, comenzaba á echarse encima de la empedernida ciudad, fray Paulino desilusionado de su cataclismo imaginativo, cerró los ojos y tuvo una visión perfecta, que terminó con las poquísimas esperanzas que se le aferraban á su cerebro de sacerdote impecable.

Vió el universo entero palpitando de amor; á la humanidad entregada á su culto, lo mismo los salvajes que los refinados, más tal vez éstos que aquéllos; consideró que en ese instante, millones de seres se afanaban por realizarlo, y una vez realizado, volver á él como á la causa generadora de la vida, como al rival único de la muerte. Consideró, de súbito, la inutilidad de máximas y ejemplos para contrarrestar el fenómeno eterno, universal, de que los sexos se busquen y se junten, á costa de irregularidades, de olvidos del deber, de la moral, á costa del crimen; dando todo de barato con tal de probar el instante soberano y fugitivo, de repetirlo una, cien,

mil veces, ya que nadie puede prolongarlo para morir en él con una muerte que sería tan monstruosamente deliciosa, que todos la llamaríamos á gritos, precipitándonos en ella sin tiempo para siquiera pensar en cosas más elevadas y trascendentes. Fray Paulino veía, veía con sus ojos cerrados de eunuco voluntario, la gigantesca ronda de la familia humana; oía sus gritos, sus carreras y frenesíes de fiera del desierto; miraba la persecución perenne del macho á la hembra y la aquiescencia de ésta, cuando no sus provocaciones é impudores; veía, palpaba las lascivias del padre infiltradas en el hijo, pasando al nieto, en cadena interminable y aatánica; amotinábansele en su memoria de confesor á la moda, nombres de madres livianas que empollaban hijas ligeras desde niñas, sin que la sociedad que lo sabía como él, ni el propio marido hicieran nada por remediar los estragos del virus..... Y no se consolaba con los múltiples casos de verdadera virtud de que también tenía noticia; no se consolaba, porque eran los menos, la excepción confirmando la regla,

los casos raros que desde el púlpito y el confesonario se citan con aplauso y se señalan como modelos; los lineamientos luminosos que á la manera de rayos celestes y justicieros, cruzaban de tiempo en tiempo por el sombrío fondo del cuadro colosal en que la calenturienta imaginación del viejo jesuíta erraba asqueada y tambaleante....

Aunque un toque de clarines en el cuartel de artillería vecino, lo trajo á la realidad, y él, á riesgo de que lo vieran, se persignó para auventarse su fantasmagoría; aunque se acogió á un tranvía, para que las gentes pacíficas que lo tripulaban lo distrajeran de su extraña preocupación, todavía cuando llegó á su iglesia, cerrada ya, durábale el desasosiego, por lo que al abrir su celda, alumbrarla con su lámpara de petróleo y despojarse en la percha de capa y sombrero, lo primero que hizo fué arrodillarse á los pies de su "Purísima" y cual si la pintura pudiera contestarle, preguntar en voz alta:

—Madre y señora, tú que ves mis intenciones ¿he obrado mal?....

Y una voceilla interna que á modo de

neurálgica dolencia lo hacía casi gritar á veces y á veces se le aquietaba hasta casi desaparecer, esa vocecilla fué la que le respondió, con la que él entabló un diálogo de persona que habla por el teléfono á otra muy distante, cuyas palabras no escucha sino el que se acerca el receptor al oído. —¿Que sí obré mal? ¿y en qué, veamos la prueba, en qué?.... No señor, no pude tratarla con más dulzura; ¿no ve usted que es una religiosa con votos hechos y sagrados? ¿qué me importa á mí que sea joven y bonita?.... ¡Qué sangre pletórica ni qué exigencias fisiológicas ni qué niño muerto! todo eso es ó bobada ó heregía, ni más ni menos, ó bobada ó heregía.... Para eso se renuncia al mundo y para eso nos dan tiempo de meditarlo, para que la vocación hable.... No, indudablemente que ignoro hasta dónde fué real ó aparente la vocación de esta muchacha, es la verdad, pero.... Fray Paulino se enderezó continuando su monólogo hablado, mientras recorría de arriba abajo su celda y su recibidor. ¿De dónde voy yo á sacar un remedio que

cure el principio de una pasión, que pasión y no otra cosa es lo que aqueja á sor Noeline?.... Puede que de veras no sea ella la responsable, pero, alto ahí amigo mío,—y fray Paulino se paró en medio del cuarto,—alto ahí, nó por las zarandajas esas de fisiología y temperamentos y demonios, no señor, sino porque ya lo he dicho yo muchísimas veces, que estas modas de ahora lo echan á perder todo; las monjas encerraditas en su convento y que ni su capellán les conozca la cara, y nada de enseñanzas, ni de conquistas lentas de corazones tiernos que mañana, cuando sean señoras de su casa y madres de sus hijos inculcarán en éstos los principios y fines de nuestra religión.... ¡bah!.... disparate y de á folio, así lo haya decretado el Sumo Pontífice.... Pues, señor, bueno!—pensó fray Paulino en vez de rumiarlo cual rumiaba lo demás,—cómo estaré esta noche que hasta al Santísimo Padre le meto mano!....

—Claro que si su Santidad lo ha aprobado estará divinamente y si yo dije lo de dispa-

rate fué porque á mí me parecía que para enseñar, conquistar y refrenar corazones debiéramos bastar nosotros los sacerdotes, que en el confesonario y aun fuera de él, disponemos de las conciencias, eso es, y que dejando á las monjas guardadas en su claustro se evitaría una desgracia de éstas, que una hermana tan pura y tan buena como sor Noeline sea víctima involuntariamente de las sacrílegas pretensiones de algún granuja! Esa es mi idea..... Por lo que á mí toca, estuve dentro del deber, digan lo que dijeren, y si no, ya veremos mañana lo que opina su Ilustrísima, á quien tengo que consultar el negocio; ya veremos si aprueba mi conducta ó no la aprueba..... Por de pronto, aquí está alguien que vale más que todos los arzobispos; á ver qué aconseja para asunto tan grave y espinoso, de tanta trascendencia para un confesor....

Y nerviosamente se llegó á su biblioteca, de la que sacó las obras de san Alfonso María de Ligorio, su gran san Alfonso, el pozo de fe y de enseñanza á quien acudió,

con éxito siempre, para resolver más de un complicado problema en que su libro "Del Pecado" se ocupaba. Por más que volvía y revolvía las hojas de su autor favorito y respetado, nada sacaba en limpio, su duda quedaba en pie con la agravante, según corrían las horas, de sentirse inclinado á la absolución de sor Noeline,— así no tuviese ésta la suficiente fuerza para luchar y vencer. Gracias á que sus votos no eran eternos,— con ello conjurábase el riesgo,— y con tal de obtener una resistencia de su parte, aunque fuese muy artificiosa, no habría sacrilegio; que era lo que á fray Paulino espantaba, supuesto que sin él sería lamentable, lamentabilísimo, el que hubiera una religiosa de menos, pero no tanto como que hubiera una alma condenada. Así las cosas, fray Paulino respiró; alzó su libro que nada componía y con la certidumbre de haber desatado el nudo, se entregó á sus rezos y en seguida se acostó. Á medida que las tinieblas invadieron la estancia, cuando él creyó que el sueño le vencía, de repente, su sueño huyó y apare-

ciósele sor Noeline, en el momento en que había caído desplomada junto al confesionario. Sin empeñarse ya en averiguar el porqué, abandonóse á la compasión que la monja le inspiraba, sintiendo súbitamente que la falta de ella, que minutos antes sacábalo de quicio, ahora se achicaba, corría, no presentaba contornos duros ni le provocaba las mismas iras. La visión que por la tarde habíalo asaltado, poníase de nuevo frente á sus ojos, obligándolo á santiguarse. ¡Qué si quieres! El cuadro estaba ahí, palpábalo, con tender el brazo casi lo tocaba, y deslumbrado por el verismo de los detalles, por lo animado de las figuras,—entre las que distinguía á sor Noeline siempre yacente y desmayada sobre el helado pavimento del tránsito del Colegio,—fray Paulino abandonó el revuelto lecho, encendió la vela, dió paseos y embozado en su capa asomóse á la ventana después de abrirla, con objeto de que el aire frío de la noche estrellada le refrescara la mente. Dada la atracción que el cielo con estrellas y sin luna ejerce en el ánimo, si nuestro ánimo sufre, fray Paulino,

que no se substrajo á ella, hundió su vista en la atmósfera diáfana y constelada, en la que á poco y como en marco natural y adecuado, reprodujose el fantástico cuadro. Complacíanse los astros en repetirle la vetusta canción del amor, la amarillenta historia del amor universal, el mundo todo palpitando con él en sus diversas latitudes, en sus diversas razas, en sus diversas civilizaciones; la inmortal obra de la carne, más duradera que la que en su contra acababa de escribir él, más duradera que la obra del más sabio, una enorme serie de tomos inacabables en cuyas primeras páginas escribieron Adán y Eva, en la que han colaborado todos los habitantes del globo sin que nadie sepa inscribir la palabra "Fin". Fray Paulino, suspenso, miraba el cielo y al mirarlo veía que todo había amado, que todo amaba, todo menos él!

Trágicamente, doblóse su cabeza blanca de anciano sin mancha, y al mirar á la tierra, á raíz de su contemplación del cielo ¡qué espanto! vió que la tierra ama también y á la carne especialmente,—supuesto que en

el último abrazo que ésta y aquélla se dan en la fosa, cuando la carne en los comienzos de su descomposición torna á la tierra invariable y fatalmente y en ella se sumerge y la besa y la penetra, la tierra, por lo pronto, cubre esos despojos carnales y pestilentes, los aprieta, los estrecha, devolviendo el beso en forma múltiple y sorda, para luego ocultar y esconder á esa misma carne que se transforma, á fin de que ni al corromperse y transformarse nos inspire ascos y repugnancias á los que sobrevivimos; convencida ella también de que nuestro culto á la carne es el más humano, el más prodigioso, el más eterno! Y esta tierra, luego de prestarnos el servicio inmenso de apartar de nuestra vista el horrendo espectáculo de nuestros cadáveres, el miserable aspecto de nuestros despojos, no contenta con eso, todavía los fortalece y vuelve savia, los vuelve vida; los recompensa y purifica convirtiéndolos en flores para que nosotros se las arranquemos y á pesar de su origen material y nauseabundo, vayamos á ofrendarlas á lo que tenemos ó hemos tenido de más puro y

venerado: nuestra novia, nuestra madre, la mismísima Virgen de los Cielos!....

Enjugóse fray Paulino el llanto que humedecía sus ojos y que, sin duda, habíasele cristalizado en las entrañas desde su juventud, y levantando otra vez su rostro de asceta hacia la altura, preguntóse quién cumplía mejor con la ley natural por excelencia: ¿los que á semejanza de él y de sor Noeline se aíslan del mundo y no pagan el soberano tributo del amor y del dolor; los que como ellos, quizá sin ningún derecho, voluntaria y atentatoriamente se truncan, atrofian é inutilizan, estafando con ello á la vida, no pagándole el gran impuesto que nos exige para existir ella y para que nosotros existamos, el gran impuesto que nos exige en su inapelable y dulcísimo idioma de ansias y deseos, de besos y lágrimas?.... ¿quiénes cumplían mejor, ellos, ó el hombre y la mujer que temprano caen el uno en los brazos del otro para amarse siquiera un instante y después de dejar en la tierra al hijo, en la atmósfera el suspiro y en el corazón una profunda gratitud á

Dios, mueren sin tristezas porque ya conocieron y gustaron lo único que reconcilia con las amarguras de la existencia?.....

El idealista y místico espíritu de fray Paulino, encabritábase cual potro bravío frente á pregunta é interpretación semejantes, que se le hacían otras tantas blasfemias, aunque en el fondo no fueran sino un informe y secreto arrepentimiento de pisar ya los umbrales de la muerte sin tiempo para volver atrás, ni fuerzas físicas suficientes para recomenzar el espinoso camino de la vida y probar una vez, ¡sólo una vez!, el inefable sabor de la manzana bíblica; pensando en la cual, acabó de sospechar que no es ni puede ser un delito amar, morder cada quien á su vez el fruto extraordinario. Y evocó á Eva y Adán, la primera pareja sensual, desobediente y pecadora; la que no titubeó en cambiar por un instante de espasmo carnal, todo un paraíso, siendo perdonada, sin embargo, por Quien puede más que nosotros; la pareja que en su caminata milagrosa siguió amándose, y, á pesar de su pecado, es

inmortal porque de ella brotó, como un manantial inagotable, la humanidad entera de antemano enfermiza y sentenciada á amar, siempre amar á sus iguales en carne y en pasión, nó abstracciones ni símbolos, á los que debe sus respetos mentales y los afectos que posee de índole mucho menos terrena.....

Bruscamente se enteró de las dos donaciones divinas que nos engrandecen; no había conflicto, ni cómo haberlo si entrambos dones nos son otorgados por una inteligencia superior? Al contrario, hermánanse á maravilla, y hermanos mejores que Caín y Abel, no intentan un segundo fratricidio, no se envidian sus respectivas virtudes ni se atreven á espigar en campo ajeno; quédase cada cual en donde lo han puesto, en sus dominios propios que jamás invaden entre sí: la inteligencia, que es el grandioso ático que corona el edificio que llamamos hombre, ciérnese casi por cima de nosotros, nos levanta y dignifica, nos conduce en sus vuelos á la idea de Dios, es el sólo mensa-

jero adecuado para llevarle nuestras aspiraciones, nuestros pensamientos ó sea nuestra mayor riqueza y nuestras plegarias y demandas. Y el corazón, mucho más abajo colocado, que no tiene alas á modo de la inteligencia, que está construído del mismo barro delincuente y toseco que lo demás de nuestro individuo, el corazón se entiende con las pasiones, con ellas nos comunica porque de ellas vive, para eso lo echaron al mundo, y aunque en ocasiones por ellas muera y nos deje desgraciados, muere contento, satisfecho y hasta orgulloso de haber sabido cumplir con su misión, sacrificándose donde debería de haberse sacrificado, en su puesto, y es su voluntad última que en desventura tamaña acudamos á su hermana de arriba que no muere jamás, á la inteligencia que ha de consolarnos y de explicarnos lo irremediable de la catástrofe, pues tal es el orden de las cosas; y Dios mismo, por este conducto, dignase entonces escucharnos, apiadarse de nuestra condición mísera; perdona el humano y trágico fin de nuestro corazón, llamado á perecer en esta

vida de aquí abajo, permitiéndonos entrever que hay otra más duradera y deliciosa, la de los espíritus que ya no tienen cuerpo ni otro apetito que subir al Trono, en donde radica el verdadero é imperecedero amor, ideal y casto.... Pero mientras tanto, debemos amar aquí, no torcernos el corazón obligándole á que permanezca ocioso y quieto, ni mucho menos dedicarlo á otro culto que el de la carne; es de cieno, como somos nosotros, y como nuestro cuerpo, va al cieno; sólo ha de palpitar y de despedazarse con estas hienas de pasiones que andan continuamente acechándonos é hincándonos en nuestra carne flaca sus garras y sus dientes, á diferencia de la inteligencia que vela por nosotros y nos defiende y salva el alma, que es lo que interesa. Si para que el cuerpo, al considerar su fin no llore sin consuelo desde que es amasado, se le dan nervios y músculos, voluptuosidad y estremecimientos; si se le da permiso para amar, ¿por qué no amar, llevando dentro una parte de ángeles y de bestias otra? ¿si tenemos que complacerlos, queramos ó no?

Dejemos que la bestia ame y que el ángel crea, que amar y creer son las grandes necesidades de la vida!.....

Del insondable fondo de la noche estrellada, del que fray Paulino no quitaba la vista en tanto iba pensando todo esto, parecían desprenderse esos propios pensamientos cual si emanaran de muy lejos, de esas profundidades que no comprenderemos nunca; en estática comunión con lo infinito, fray Paulino flotaba, flotaba libre de la sota-na y de la tonsura que se le habían quedado en su celda, entre las páginas estrechas de su libro, entre las prohibiciones de los cánones y de la orden; él penetraba al fin el Misterio, empapábase en luz y claridades incomparables; no pecaba, porque el pensamiento cuando se remonta no peca, y convenía en que el amor es bueno, en que amar es un deber; murmuraba como una oración, el versículo décimo del capítulo nono del Ecclesiastés:

—“Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo; puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni

ciencia, há lugar en el sepulcro, hacia el cual vas corriendo.....”

Y el reguero de astros con sus reverberaciones pálidamente doradas, el espacio hondamente azul, con su majestad silenciosa y perenne, diríase que lo compadecían porque nunca había amado, que lo envolvían en efluvios inmensos, y que desde allá, tan grandes ellos y fray Paulino tan pequeño, se dolieran de su vida incompleta, de su mal entendida rigidez para la monja infeliz, que, mujer antes que monja, le había confesado su descubrimiento, su pasión por un hombre á quien tal vez ni conocía aún de cerca; diríase que lo exhortaban á absolverla, á perdonarla. Ya que él no amaba, que amaran los demás, como en efecto aman, no obstante las amenazas y las ofertas de castigos.... Y fray Paulino, por unos instantes, perdonó á sor Noeline, la absolvió en su criterio de hombre, por su falta involuntaria.

Mas su perdón fué instantáneo, porque en cuanto bajó la vista del cielo el hechizo se desvaneció, de nuevo sintióse sacerdote y se reconoció en peligro si fomentaba la

herética alucinación, ese viaje por las regiones etéreas de su pensamiento encadenado. Habitado á no poder discurrir libremente, á contener y sofocar los conatos de independencia de sus ideas, se alarmó de la escapatoria realizada por las mismas, y apresuradamente, como pastor sorprendido en la montaña por furiosa é inesperada tormenta que le espanta á su ganado, y que después, cuando el trueno huye y el rayo se opaca, trata de reunir á sus animales dispersos, que limpios por la lluvia se le agrupan y con humildísima é irrazonada obediencia regresan al aprisco, á escape, dirigidos por el azote con que el zagal los amedrenta, muy preocupado de que se le hayan extraviado algunos por quiebras y barrancos inaccesibles, así fray Paulino intentó reunir sus dispersas ideas, y aunque notó que las grandes habíansele quedado por las alturas en que sufrió su vértigo, azotó á las mansas, á las débiles, las encerró dentro del férreo cercado de su voluntad de jesuíta, y con ellas prisioneras, tornó á ser el eclesiástico sumiso á quien le están

prohibidos paseos mentales tan peligrosos, y cerró la ventana para precaverse de la tentación, para no seguir contemplando la inmensidad en cuyo seno parecía perderse el sentido de lo real y la uoción del deber, al modo que lo entendemos en la tierra baja. En cuanto su cerebro volvió también, y á duras penas, á reconocerse dentro de la celda, dentro de la sotana y dentro de la tonsura, fray Paulino fué á sentarse en el canapé del recibidor, porque experimentaba inmenso cansancio corporal, como si llegara de muy lejos.

Menuda estaba su falta, dejándose llevar por quimeras, á sus años y con su carácter. No absolvería á sor Noeline, decididamente; no *debía* absolverla, ni menos atreverse á enmendar los preceptos y disposiciones que propone la Iglesia, que es la infalible.

—Si yo no fuera sacerdote,—masculló á media voz,—imáginome que sí la absolvería, que la perdonaría; pero soy el juez, un juez que hasta puede simpatizar con el reo y ayudarlo á salvarse; que en su conciencia quizá lo disculpe, pero como los códigos

están ahí, y en sus artículos tales y cuales castigan determinadamente esto y aquello, se atiene uno á su código y firma la sentencia, por dura que ella sea..... Ahora, si fuera yo hombre en lugar de juez, si fuera yo hombre!.....—y repetía la palabra con terquedad de deseo, y le encontraba una melancólica resonancia de anhelo tardío, imposible,—si fuera yo hombre, perdonaría precisamente por tratarse de lo que se trata, por imitar al Maestro que perdonó y continúa perdonando “á los que han amado mucho,” pero no soy más que un sacerdote y no *debo* absolverla, no *debo*.... Lo que debo es felicitarme de mi sacerdocio, de no mal emplearlo, de no hacerme acreedor á mi vez á que otro de veras santo, me excomulgue por estos desfallecimientos impropios y censurables.

En un arranque de espíritu superior, se arrodilló en su celda, á obscuras ya, pues la lámpara se había apagado, y exclamó en voz alta y clara, para convencerse á sí mismo de que decía lo que necesitaba decir:

—Dios mío, Tú que me ves y que me oyes, sabes que no puedo perdonar; Tú que lo puedes todo la perdonarás tal vez, y si la perdonas, perdóname á mí también, Dios mío, perdóname, porque en mi imperfección no tengo tu misericordia ni tu sabiduría, nunca subiré á tus altitudes y nunca sabré perdonar como perdonas Tú!.....

Y es fama, que al día siguiente, en su misa, fray Paulino tenía una corona de luz en su vieja cabeza blanca de sacerdote immaculado.

Esa misma mañana, en el Colegio, sor Noeline al despertar en la enfermería, recuperó la razón, perdida hacía tres días en el océano de fiebre en que había estado bregando á punto de zozobrar. Recuperábala muy paso á paso; aún sufría de ausencias de memoria, cual si las ondas de ese océano, aunque pacificado, revolviéranse en su reflujó y se la cubrieran por completo unos minutos; como en el océano de verdad las olas cubren y descubren los leños clavados en la arena, á bastante distancia de